



HEISU: ORÍGENES DE HORUS

[J.C. ENGONGA™](#)

Copyright Notice for the Document: "HEISU: ORÍGENES DE HORUS"

**Copyright © 2025 by Javier Clemente Engonga Avomo.
All rights reserved.**

No part of this book may be reproduced, distributed, or transmitted in any form or by any means, including photocopying, recording, or other electronic or mechanical methods, without the prior written permission of the author, except in the case of brief quotations embodied in critical reviews and certain other non-commercial uses permitted by copyright law.

**For permission requests, please contact the author at:
info@theunitedstatesofafrica.org**

Published by The United States of Africa Ltd.

This work is protected under international copyright laws. Unauthorized use, distribution, or reproduction of any content within this book may result in civil and criminal penalties and will be prosecuted to the fullest extent of the law.

HEISU: ORÍGENES DE HORUS

HEISU: ORÍGENES DE HORUS

Introducción: La Fractura del Tiempo

El cielo sobre Heisu ardía en tonos que ninguna pupila humana podría interpretar sin perderse en la locura. Eran luces que no se limitaban a los colores del espectro visible, sino a un resplandor más allá de lo concebible, como si el tejido del universo mismo estuviera siendo rasgado desde dentro.

El protagonista, cuyo nombre había sido enterrado en las arenas del tiempo, caminaba solo. Su silueta se proyectaba en la vasta extensión del desierto, una sombra sin pasado ni futuro. En su interior, llevaba un conocimiento prohibido, una verdad que ni dioses ni mortales deberían haber poseído jamás.

Este no era su tiempo. No era su realidad.

Heisu ya no existía en la forma en que la recordaba. El Árbol del Dragón Negro había desaparecido, su presencia reemplazada por un vacío palpitante que susurraba nombres en lenguas muertas. La esencia misma de la historia se estaba desintegrando.

Y él era el único capaz de restaurarla.

Porque dentro de sus venas corría el eco de un linaje olvidado. Porque dentro de su mente dormían los fragmentos de Horus, el dios que nunca debió despertar.

Prólogo: El Primer Recuerdo

El despertar no fue inmediato. Fue un proceso lento, doloroso, como si su conciencia se estuviera ensamblando pieza por pieza desde dimensiones fragmentadas. Sentía el peso de sus recuerdos, pero eran como arena entre sus dedos. Algunos rostros se deslizaban en la penumbra de su mente: una mujer con ojos de fuego, un hombre cuyo cuerpo era un mapa de cicatrices, una voz que lo llamaba desde la nada.

Pero el primero que recordaba con claridad era su propia sombra.

Era más alta de lo que debía ser. Se movía antes que él. Y a veces, cuando la miraba de reojo, veía en ella la silueta de un ser con alas.

"Despierta", murmuró la voz en su cabeza.

Y entonces abrió los ojos.

Lo que vio no era el mundo que había conocido.

Era un paisaje distorsionado, donde las montañas parecían respirar y el cielo mutaba en espirales de luz líquida. Estaba de pie sobre una superficie de piedra negra, pero al agacharse a tocarla, sintió calor, como si estuviera viva.

—¿Dónde estoy? —susurró, pero el viento llevó su pregunta lejos antes de que siquiera pudiera escuchar su propia voz.

No estaba solo.

En el horizonte, siluetas emergían entre la bruma. Eran altos, más altos que cualquier humano que hubiera visto, con cuerpos esbeltos y cabezas alargadas, coronadas con ornamentos que parecían moverse como si tuvieran voluntad propia.

No hablaban con palabras, pero sus voces resonaban en su mente.

—Eres el último fragmento.

El protagonista dio un paso atrás, pero sus pies se hundieron en la piedra como si fuera arena movediza.

—¿Quiénes son ustedes?

—Somos los guardianes de lo que alguna vez fue Horus.

Su corazón latió con fuerza. Horus. Esa palabra despertó algo en su interior, una sensación de déjà vu tan intensa que sintió vértigo.

—No lo entiendo...

—Lo entenderás. Porque fuiste tú quien lo fragmentó.

El viento sopló con una fuerza que lo hizo tambalearse. Y entonces, el primer recuerdo verdadero regresó.

El día en que había roto a Horus en mil pedazos.

El Eco del Dios Perdido

El viento soplaba con un lamento que no pertenecía a este mundo. A lo lejos, los guardianes se mantenían inmóviles, sus formas alargadas vibrando en el aire como si fueran meras proyecciones de algo mayor.

El protagonista aún no comprendía el significado de sus palabras, pero algo dentro de él se agitaba con violencia. Un eco, un murmullo enterrado bajo capas de memoria perdida.

—Fragmentaste a Horus —repitió una de las figuras, su voz resonando sin sonido en la realidad.

El nombre ardió en su mente como un sol moribundo. Imágenes fragmentadas destellaron en su visión. Un templo hecho de obsidiana líquida. Un altar cubierto de sangre. Manos—sus manos—alzándose hacia el cielo, sosteniendo algo que no debía existir.

Y luego, la fractura.

El tiempo desgarrado en mil pedazos.

Un rugido que no provenía de garganta alguna, sino del mismísimo universo, gritando de agonía mientras Horus, la entidad inmortal, era dividido en fragmentos de esencia pura.

—¿Por qué...? —su propia voz sonó lejana, como si perteneciera a alguien más.

—Porque temiste lo que podría convertirse.

El protagonista sintió un escalofrío recorrerle la columna.

—¿Lo maté?

—No. Lo convertiste en partes. En ecos. En sombras.

La realidad pareció fluctuar, y por un instante vio algo más allá del velo de este mundo. Un desierto infinito donde cada grano de arena era un recuerdo de Horus disperso por la eternidad.

—Entonces... si lo fragmenté... significa que puedo restaurarlo.

Los guardianes intercambiaron miradas entre sí. No fue un gesto humano. No fue siquiera una comunicación entendible para la mente terrenal. Pero comprendió lo que querían decirle.

—Eres el único que puede hacerlo —dijeron al unísono—. Pero restaurarlo significa recordar por qué lo destruiste.

El protagonista apretó los puños. La memoria era peligrosa. Pero la ignorancia era aún peor.

Dio un paso al frente.

—Díganme qué debo hacer.

Y entonces, el cielo se partió en dos.

El Umbral de los Olvidados

El primer paso lo llevó al borde de la comprensión.

El segundo, al abismo del tiempo.

Cuando cruzó el umbral, la realidad se quebró como un espejo arrojado contra el suelo. Se sintió flotando en un espacio sin arriba ni abajo, rodeado de fragmentos de su propio ser. Cada reflejo mostraba una versión de sí mismo: en algunos, era un guerrero con una armadura hecha de estrellas; en otros, un rey sin corona, con los ojos hundidos en la desesperación.

Pero fue uno en particular el que captó su atención.

Un reflejo donde no era nada.

Solo vacío.

—Ese es el precio del conocimiento —susurró una voz en la penumbra.

Se giró. Frente a él, una figura encapuchada emergió de la oscuridad, su rostro envuelto en sombras cambiantes. No tenía forma fija, como si estuviera hecho de los restos de todas las posibilidades que nunca fueron.

—¿Quién eres? —preguntó el protagonista.

—Soy la respuesta que temes.

El eco de esas palabras le heló la sangre.

Porque las reconocía.

Él mismo las había dicho, en algún otro tiempo, en algún otro lugar.

La figura levantó una mano, y el universo se condensó en un punto diminuto de luz.

En su palma, el cosmos giró y se deformó, mostrando imágenes fugaces de un pasado olvidado.

—Mira —ordenó la sombra—. Y recuerda.

Y entonces, lo vio.

Vio a Horus en su forma primigenia, un ser de luz y sombra, forjado en el fuego del nacimiento de los mundos. Lo vio caminar entre dioses y hombres, portando el conocimiento que podía salvar o condenar civilizaciones enteras.

Lo vio... cambiando.

Transformándose en algo que ni los dioses podían controlar.

—Por eso lo fragmentaste —susurró la sombra—. Porque no podías permitir que su existencia continuara sin límites.

Heisu sintió vértigo. Había creído que lo había hecho por miedo. Que la decisión de dividir a Horus había sido impulsada por la desesperación.

Pero no.

No fue miedo.

Fue juicio.

Fue una decisión calculada, tomada con pleno conocimiento de las consecuencias.

—Si lo restauro... —su voz se quebró—. ¿Significa que cometí un error?

La sombra no respondió. Solo extendió la mano y dejó caer la diminuta esfera de luz.

Heisu la atrapó instintivamente.

Y entonces, la verdad se desató en su interior como un huracán.

Capítulo 1: El Llamado del Vacío

El universo no era más que un susurro cuando Heisu abrió los ojos.

Desde el corazón de la Ciudad Eterna, un lugar suspendido en la encrucijada del tiempo, su espíritu despertó en la intersección de todos los destinos. No había un antes, ni un después. Solo un vacío insondable que le hablaba en un idioma que su mente apenas podía comprender.

Había nacido en las sombras de Horus, pero no recordaba nada. No recordaba haber sido niño, ni haber tenido padres, ni haber aprendido a caminar. Su conciencia era un río que nunca había tocado tierra firme. Todo cuanto sabía era que el destino lo llamaba.

Lo primero que vio fue el cielo. Un firmamento imposible, donde las estrellas danzaban en espirales infinitas y el horizonte se curvaba hacia adentro, como si el mismo universo estuviera doblado sobre sí mismo. Por un instante, creyó que era una prisión, pero pronto entendió que era un umbral.

Heisu se incorporó, sintiendo el peso de su propio cuerpo por primera vez. Sus manos eran fuertes, su piel reflejaba destellos dorados bajo la tenue luz púrpura del cielo. No estaba solo.

—Has despertado, por fin.

La voz no provenía de una garganta, sino del aire mismo. Era profunda, con la gravedad de los que han visto el inicio y el fin del todo.

Frente a él, emergiendo del resplandor de una ciudad en ruinas, se alzaba una figura envuelta en llamas negras. No tenía rostro, solo un vacío donde deberían estar sus ojos. Pero Heisu sintió que lo miraba.

—¿Quién soy? —preguntó Heisu, con una voz que no reconoció como suya.

—Eres el Último Heredero.

El viento se levantó, revolviendo la arena a su alrededor. En la distancia, torres derruidas y monumentos colosales se alzaban como esqueletos de una civilización muerta. Las estrellas temblaban sobre ellos, como si el universo mismo contuviera la respiración.

—¿Heredero de qué?

La figura dio un paso hacia él, y en ese instante, Heisu sintió que la realidad entera se desgarraba. No era solo una entidad. Era un eco de algo mucho más grande, una sombra proyectada desde el mismísimo origen del tiempo.

—De Horus.

El nombre golpeó su mente como un relámpago. Horus. Algo en su sangre reaccionó, como si aquel nombre hubiera estado ahí desde siempre, esperando ser recordado.

—No entiendo...

—Pronto lo harás.

Y entonces, el cielo se desgarró.

Un rugido rompió la quietud del vacío, y de las estrellas descendió un ser de fuego y metal. Los Guardianes del Velo habían llegado, y con ellos, la guerra que definiría su destino.

Capítulo 2: Los Guardianes del Velo

La grieta en el cielo bramó como una herida abierta en el tejido del cosmos. Del abismo emergieron los Guardianes del Velo, seres envueltos en armaduras negras que parecían devorar la luz. Sus ojos eran esferas de fuego blanco, y en sus manos portaban lanzas de energía vibrante, resonando con un poder ancestral.

Heisu sintió un escalofrío recorrerle la espalda. No eran simples soldados. Eran ejecutores.

—Han venido por ti. —La figura envuelta en llamas negras permanecía inmóvil, observando la llegada de los seres.

—¿Por mí? —preguntó Heisu, sintiendo una presión en el pecho que no provenía del miedo, sino de un instinto dormido que comenzaba a despertar.

—Porque eres el último Heredero. Y porque temen lo que puedes llegar a ser.

Los Guardianes descendieron lentamente, flotando sobre el aire con una gracia antinatural. Seis de ellos formaron un círculo a su alrededor, mientras el séptimo, más alto y envuelto en una capa metálica, dio un paso al frente.

—Heisu del Linaje Perdido. En el nombre del Primer Edicto, has sido condenado a la aniquilación.

Sus palabras no eran una amenaza, sino un veredicto.

Pero algo dentro de Heisu se rebeló. Su mente se expandió más allá del miedo. Un eco de memoria perdida recorrió su conciencia. En su interior, algo dormía desde hace siglos, algo que no era humano.

Y entonces lo sintió.

Una corriente de energía surcó su cuerpo, despertando fibras musculares que jamás había sentido. Su piel vibró, y el aire a su alrededor comenzó a temblar. No era miedo. No era furia. Era poder.

—Resiste. —La figura de fuego negro dio un paso atrás—. Si huyes, serás un esclavo. Si luchas, serás un dios.

El líder de los Guardianes alzó su lanza, y en ese instante, el mundo explotó en luz.

Los movimientos de Heisu no fueron calculados; fueron instintivos. Cuando la lanza descendió sobre él, su brazo se alzó en un reflejo primitivo, y con un estallido de energía dorada, la repelió.

Los Guardianes retrocedieron. No lo esperaban.

Heisu miró su propia mano, ahora envuelta en un resplandor incandescente. Algo dentro de él había despertado por completo.

El líder de los Guardianes rugió de furia.

—¡Matadlo!

Los seis guerreros se lanzaron sobre él al unísono, lanzas listas para perforarlo. Pero Heisu ya no era un simple humano.

El tiempo se ralentizó.

Pudo ver cada detalle de sus atacantes: la vibración de sus armas, el brillo de sus ojos, incluso la forma en que el aire se quebraba a su alrededor. Y en ese instante supo qué hacer.

Con un solo movimiento, se inclinó hacia atrás, esquivando la primera estocada, y giró sobre sí mismo con una velocidad imposible. Su pierna se elevó como un látigo, impactando en el pecho del primer Guardián, enviándolo volando hacia las ruinas cercanas.

Los demás no tuvieron tiempo de reaccionar. Heisu era más rápido, más fuerte.

Tomó la lanza de uno de ellos y la partió con sus propias manos. El aura dorada que lo rodeaba se expandió, y con un solo gesto, lanzó a tres de sus atacantes por los aires.

El líder de los Guardianes, sin embargo, no se inmutó.

—Así que el poder de Horus sigue vivo en ti.

Su voz sonaba diferente ahora. No como la de un verdugo, sino la de alguien que acababa de ver lo imposible.

—No sabes lo que eres, pero lo descubrirás. —La grieta en el cielo volvió a rugir—. Y cuando lo hagas, el universo entero temblará.

Con un último destello, los Guardianes desaparecieron.

Heisu respiró con dificultad. Sus manos aún vibraban con el eco de la batalla.

La figura de fuego negro se acercó, y por primera vez, su voz sonó con algo parecido a respeto.

—Has sobrevivido. Ahora empieza la verdadera guerra.

El viento sopló, y en la distancia, la Ciudad Eterna comenzó a despertar.

El destino de Horus había sido sellado.

Capítulo 3: EL LEGADO DEL OJO ETERNO

El eco de la batalla aún flotaba en el aire.

Los Guardianes habían desaparecido, pero su presencia aún pesaba sobre la atmósfera. Heisu no sentía alivio.

No.

Sentía preguntas.

Miró sus manos. La energía dorada aún chisporroteaba en sus venas, pero ahora algo más la acompañaba: una sensación de identidad, como si durante toda su vida hubiera sido una sombra de sí mismo y, en este instante, hubiera comenzado a iluminarse.

—Lo sentiste, ¿verdad? —La voz de la figura de fuego negro retumbó a su espalda.

Heisu giró lentamente.

—¿Sentir qué?

—La Llamada.

La Llamada.

La palabra resonó en su mente como un eco distante, como si hubiera estado enterrada en su subconsciente desde siempre, esperando este momento para salir a la superficie.

—¿Qué es la Llamada? —preguntó, su voz más firme de lo que esperaba.

La figura se acercó. La energía oscura que la envolvía parecía retorcerse, casi como si estuviera viva.

—Es el principio y el fin. Es la señal de que has despertado, pero también la advertencia de que no hay vuelta atrás.

Heisu frunció el ceño.

—No entiendo.

—Lo harás.

La sombra levantó una mano, y el espacio a su alrededor se quebró. Como un espejo roto reflejando infinitas realidades.

—Mira.

Heisu miró.

Y vio el universo abrirse ante sus ojos.

I. LA FRACTURA DE LA REALIDAD

Los reflejos destrozados en el aire vibraban con una fuerza ancestral. Heisu sintió que su ser era arrastrado hacia la imagen distorsionada del universo, un torbellino de galaxias girando dentro de cada fragmento de vidrio cósmico.

Su reflejo se multiplicaba en cada uno de ellos, pero en cada versión su rostro cambiaba. En algunos, era más viejo, con cicatrices de batallas jamás libradas; en otros, su piel brillaba con energía pura, convertido en algo más que humano.

Y en uno...

No tenía rostro.

—¿Qué es esto? —susurró Heisu, incapaz de apartar la mirada de la imagen sin rostro.

—Son las líneas de tu destino. —La sombra negra habló con calma. Demasiada calma.

Heisu sintió un escalofrío recorrer su espalda.

—¿Mi destino?

—No uno. Todos.

Las imágenes comenzaron a cambiar. Ahora vio ciudades antiguas construidas sobre colosos de piedra, imperios de luz y sombra alzándose y cayendo en ciclos eternos. Vio su propia mano sosteniendo un cetro ardiente, y en otra visión, su puño cubierto de sangre.

En todas ellas, él era la clave.

Él era el eje.

—Tienes muchas preguntas, Heisu.

La figura negra dio un paso hacia adelante, y de su forma surgieron ojos dorados, brillando como soles en la noche oscura de su cuerpo.

—Pero la única que importa es: ¿qué harás con este conocimiento?

II. EL TEMPLO ENTRE LAS ESTRELLAS

Las imágenes estallaron en un torbellino de luz, y de pronto Heisu ya no estaba en el mismo lugar.

Ahora se encontraba en lo alto de una estructura inmensa, con torres que perforaban el cielo y se perdían en la niebla dorada de un amanecer imposible. Columnas de obsidiana se alzaban a su alrededor, y en el centro de todo...

Una pirámide.

No era de piedra, ni de ningún material que pudiera describir. Parecía hecha de tiempo mismo, cambiando con cada parpadeo, como si miles de siglos coexistieran en su superficie.

—Bienvenido al Ojo Eterno.

La voz venía de todas partes.

Heisu se giró.

Delante de él, tres figuras lo observaban.

La primera era una mujer de piel luminosa, con tatuajes antiguos que parecían moverse como estrellas en su piel.

La segunda era un anciano envuelto en una capa de energía violeta, cuyos ojos brillaban como agujeros negros.

Y la tercera...

La tercera figura era él mismo.

—¿Quiénes son ustedes? —preguntó Heisu, sintiendo un peso invisible sobre sus hombros.

—Somos los Guardianes del Tiempo Perdido. —La mujer habló primero. Su voz era suave, pero cargada con el peso de milenios.

—Y tú eres la última pieza del rompecabezas.

III. EL SECRETO DEL PRIMER HORUS

Las puertas de la pirámide se abrieron con un rugido de energía, y la luz que escapó de su interior contenía imágenes de un pasado lejano.

Heisu vio una guerra cósmica, más allá del entendimiento humano. Naves de un tamaño inimaginable chocaban en el vacío del espacio, y en el centro de la batalla, un guerrero de ojos dorados blandía una espada hecha de luz pura.

—Él fue el primero.

El anciano habló esta vez.

—El primer Horus.

La imagen cambió. Ahora vio una civilización perdida, habitando ciudades que parecían flotar sobre un mar de estrellas. Eran los primeros hijos del Sol.

—Pero con su poder, también vino su maldición.

La visión mostró oscuridad, una fuerza devoradora que surgía desde los bordes del universo. Y en el reflejo de sus ojos, Heisu vio su propio rostro liderando la batalla final.

—El ciclo está repitiéndose.

La mujer de tatuajes luminosos lo miró directamente a los ojos.

—Y esta vez, Heisu...

Tú decidirás cómo termina.

Capítulo 4: EL LEGADO DEL OJO ETERNO (Parte 2)

IV. EL JUICIO DE LOS GUARDIANES

El aire vibraba con energía pura dentro del Templo del Ojo Eterno. Heisu sentía un peso invisible sobre su pecho, como si la estructura misma estuviera viva y lo estuviera evaluando.

Las tres figuras frente a él no parpadeaban.

—¿Decidir cómo termina? —Heisu entrecerró los ojos.

—Exactamente.

La mujer luminosa avanzó un paso. Con un gesto de su mano, la pirámide cobró vida, mostrando imágenes en su superficie.

Ahí estaba el pasado.

Ahí estaba el futuro.

Ahí estaba ÉL.

En una línea del tiempo, lo vio alzarse como un rey, unificador de civilizaciones, constructor de un imperio eterno. En otra, lo vio convertirse en una sombra, destruyendo todo lo que tocaba, dejando solo ruinas a su paso.

—Dos caminos. —El anciano de túnica violeta habló, su voz resonando como un trueno en la inmensidad del templo. —Uno lleva a la ascensión.

—El otro a la aniquilación. —completó la mujer, sus tatuajes ardiendo con intensidad.

—¿Y si no elijo ninguno?

Heisu sintió la duda crecer en su interior. No quería ser un instrumento del destino. No quería ser solo una pieza de un juego cósmico.

Pero entonces, la tercera figura, su reflejo, habló por primera vez.

—El problema, Heisu, es que ya elegiste.

V. LOS RECUERDOS PERDIDOS

La pirámide tembló. La realidad se fracturó.

Y de pronto, Heisu ya no estaba en el templo.

Se encontraba en otro lugar.

Un desierto sin fin.

A lo lejos, las ruinas de una ciudad enterrada en la arena parecían susurrar su nombre. Las estrellas en el cielo giraban en espirales imposibles, como si el universo mismo se estuviera reescribiendo.

Y ahí, en el centro de todo, una figura lo esperaba.

Un hombre envuelto en vendajes dorados, con una máscara de halcón cubriendo su rostro. En su mano, sostenía una espada que no reflejaba la luz, sino que la absorbía.

—Finalmente has llegado.

Su voz era profunda, antigua.

Heisu dio un paso adelante, pero con cada paso, imágenes de vidas pasadas inundaban su mente.

—¿Quién... soy yo?

El hombre enmascarado inclinó la cabeza.

—Eres Heisu.

—Eres Horus.

—Eres la última esperanza.

VI. EL SECRETO DE LOS DIOSES

Las dunas comenzaron a moverse. Lo que Heisu pensaba que era arena, en realidad eran cuerpos, esqueletos cubiertos por milenios de olvido.

Las ruinas susurraban.

Los dioses nunca fueron dioses.

Fueron hombres.

Hombres que descubrieron el poder del Ojo Eterno.

La máscara del guerrero brilló. Su espada cobró vida.

—Los dioses cayeron.

Los esqueletos se alzaron, y Heisu comprendió la verdad.

—Ahora depende de ti.

La batalla estaba a punto de comenzar.

Y Heisu debía recordar quién era antes de que fuera demasiado tarde.

Capítulo 5: EL RENACIMIENTO DEL FÉNIX

I. EL PRIMER RECUERDO

La batalla no comenzó con un rugido.

Comenzó con un susurro.

El viento del desierto se deslizó entre las ruinas, moviendo la arena con un sonido que parecía casi humano.

Heisu sintió su mente expandirse.

Miles de fragmentos de recuerdos explotaron en su cabeza, como cristales rotos tratando de encajar nuevamente.

Vio fuego.

Vio sombras.

Vio su propia mano sosteniendo la misma espada que ahora tenía el enmascarado.

Él ya había estado aquí antes.

—Recuerda, Heisu. —El hombre de la máscara de halcón levantó su espada. —Recuerda antes de que sea demasiado tarde.

Las dunas comenzaron a rugir.

Los esqueletos despertaron.

Y la batalla que definiría el futuro comenzó.

II. EL GUERRERO SIN PASADO

Los primeros atacantes fueron sombras. No cuerpos físicos, sino fragmentos de algo que nunca debió existir.

Sus ojos eran grietas de oscuridad.

Sus movimientos eran antinaturales, como si el tiempo mismo no los afectara.

Heisu no tuvo tiempo de pensar.

Su cuerpo recordó antes que su mente.

Su brazo derecho se movió por instinto, bloqueando el primer golpe con una rapidez que no creía posible. La fuerza del impacto lo hizo retroceder varios metros, pero sus pies se hundieron en la arena, estabilizándolo.

—¡Lucha, Heisu! —gritó el enmascarado.

La espada en su mano vibró.

Y entonces, recordó.

III. EL OJO QUE TODO LO VE

La pirámide no era solo un templo.

Era una prisión.

Era el lugar donde el Ojo Eterno había sido sellado hacía milenios.

El Ojo no era una joya.

No era un objeto.

Era una consciencia.

Una mente infinita atrapada en una estructura finita.

Y ahora, Heisu estaba conectado a ella.

La espada en su mano brilló con símbolos antiguos. Símbolos que no había visto antes, pero que entendía perfectamente.

"El que porta el Ojo, porta el destino."

"El que libera al Ojo, libera la destrucción."

Heisu tenía que elegir.

Y esta vez, no podía fallar.

IV. EL RENACIMIENTO DEL FÉNIX

La batalla se intensificó.

Los esqueletos avanzaban como un océano de muerte, y cada vez que Heisu los cortaba, se desvanecían en polvo negro.

Pero no era suficiente.

Por cada uno que caía, dos más tomaban su lugar.

—No puedes ganar así. —dijo el enmascarado, bloqueando tres ataques al mismo tiempo.

—¿Entonces qué hago?

—¡Recuerda QUIÉN ERES!

Y entonces, la espada despertó.

El fuego azul estalló desde la hoja, envolviendo a Heisu en una energía que no quemaba, sino que restauraba.

No era solo un hombre.

No era solo un guerrero.

Era el Fénix.

La última esperanza de la humanidad.

El destino del universo dependía de su siguiente movimiento.

Capítulo 6: EL RENACIMIENTO DEL FÉNIX (Parte 2)

V. EL DESPERTAR DEL LEGADO

El fuego azul danzaba en su espada, reflejándose en la arena como si el cielo se hubiera abierto para presenciar la batalla.

Los esqueletos, que antes avanzaban sin miedo, retrocedieron.

Por primera vez, temían.

—¿Qué es esto? —murmuró Heisu, sintiendo la energía recorrer su cuerpo.

El enmascarado sonrió bajo su máscara de halcón.

—El despertar de tu linaje.

Heisu ya no estaba solo.

Por primera vez, sintió las voces de sus antepasados susurrando en su mente. No era solo un hombre luchando contra sombras.

Era el último descendiente de una línea de guerreros que alguna vez protegieron el Ojo Eterno.

Y la historia no se repetiría esta vez.

VI. EL PASADO ESCRITO EN ARENA

La pirámide comenzó a brillar.

Las inscripciones en sus paredes se iluminaron con una luz dorada, revelando fragmentos de una historia olvidada.

Hace milenios, la guerra entre la luz y la oscuridad no terminó con la victoria del bien. Terminó con un sacrificio.

Los guardianes originales, los que protegían el Ojo, no fueron derrotados en combate.

Fueron traicionados.

Uno de los suyos abrió las puertas prohibidas, liberando a la Oscuridad Primordial. Para sellarla de nuevo, los últimos guerreros entregaron sus almas, quedando atrapados en un ciclo sin fin.

Un ciclo que solo un heredero podía romper.

Heisu era ese heredero.

Y ahora, tenía que tomar una decisión.

VII. EL RITO DE LAS LLAMAS

El fuego azul en su espada se intensificó.

El enmascarado, que hasta ahora había luchado a su lado, se arrodilló repentinamente.

—¿Qué haces? —preguntó Heisu.

—Es tu juicio. No el mío.

La arena comenzó a girar a su alrededor, formando un vórtice de llamas azules.

En su mente, la voz del Ojo habló por primera vez.

—Elige.

Delante de él, aparecieron dos caminos:

Sellar la pirámide y olvidar todo. Volver a una vida normal, sin recuerdos de esta guerra.

Abrir el Ojo y reclamar su destino. Convertirse en el nuevo guardián, conociendo toda la verdad.

No había vuelta atrás.

El destino del universo pendía de su decisión.

VIII. EL FÉNIX SE ELEVA

El momento pareció durar una eternidad.

Pero Heisu ya conocía la respuesta.

Con un solo movimiento, clavó la espada en la arena.

El fuego azul explotó, envolviendo todo el desierto en luz.

Los esqueletos se desvanecieron instantáneamente.

Las sombras gritaron y huyeron.

Y la pirámide se abrió.

Dentro, el Ojo lo esperaba.

Brillante.

Eterno.

Observándolo todo.

Y en ese momento, Heisu comprendió su verdadero propósito.

No era solo un guerrero.

No era solo un hombre.

Era la reencarnación de Horus.

El protector de la humanidad.

El Fénix renacido.

UN NUEVO AMANECER

El sol comenzó a elevarse sobre el horizonte.

El desierto, que antes era solo arena y ruinas, parecía renacer con él.

El enmascarado se acercó a Heisu y le tendió la mano.

—¿Estás listo para la próxima batalla?

Heisu sonrió.

—Siempre lo estuve.

El destino ya estaba escrito.

Pero esta vez, sería él quien lo reescribiera.

Capítulo 7: El Pacto del Dragón Negro

"La verdadera fuerza no reside en el poder absoluto, sino en la capacidad de forjar alianzas con lo inquebrantable."

I. La Llamada de las Sombras

El viento helado soplaba entre las ruinas ancestrales del Valle de los Espíritus Caídos. Heisu, con su túnica rasgada y su mirada fija en el horizonte, sentía el peso de un destino que no había elegido, pero que ahora abrazaba con una convicción irrefutable. Frente a él, una figura emergía de la bruma: un anciano de ojos dorados y piel oscura, cuyas manos mostraban cicatrices de milenios de batalla.

—Has llegado al umbral del verdadero conocimiento —dijo el anciano con voz profunda—. Pero solo aquellos que comprenden el sacrificio pueden cruzarlo.

Heisu inclinó la cabeza en señal de respeto.

—Si el sacrificio es el precio de la verdad, estoy dispuesto a pagarlo.

El anciano sonrió levemente y extendió su brazo, revelando un brazalete de obsidiana con inscripciones en una lengua olvidada.

—Este es el Pacto del Dragón Negro. No es solo un símbolo de poder, sino una llave que abre puertas que muchos temen cruzar.

Heisu tomó el brazalete y, al colocarlo en su muñeca, sintió una corriente de energía recorrer su cuerpo.

—A partir de ahora, tus pasos resonarán en ambos mundos: el de los vivos y el de los ancestros. Pero ten cuidado... no todos los que escuchan te desearán el bien.

II. La Profecía del Fénix Oscuro

En lo más profundo del Templo de las Sombras, un círculo de fuego negro se alzó en la piedra sagrada. Heisu, guiado por el anciano, se arrodilló ante el altar donde yacía un pergamino sellado con el emblema de Horus.

—¿Qué dice la profecía? —preguntó con una mezcla de respeto y urgencia.

El anciano cerró los ojos y recitó:

"Cuando el hijo del trueno y la tormenta tome el brazalete del Dragón Negro, las puertas de la verdad se abrirán, y con ellas, el juicio de los antiguos."

Heisu sintió un escalofrío recorrer su columna. Aquellas palabras parecían esculpidas en su destino mucho antes de que él las escuchara.

—¿Esto significa que debo enfrentarme a los antiguos guardianes?

—No solo enfrentarte —corrigió el anciano—, sino demostrarles que eres digno de la corona que te espera.

III. La Prueba de los Cinco Espíritus

El templo comenzó a temblar, y de entre las sombras surgieron cinco figuras espectrales, cada una con una armadura de una época diferente.

—Para reclamar el conocimiento de Horus, debes superar la prueba de los Cinco Espíritus —dijo el anciano antes de desaparecer en la oscuridad.

Los espíritus avanzaron, cada uno representando una virtud que Heisu debía demostrar:

La Sabiduría del Guardián Celestial – Un monje de piel azulada lo desafió con acertijos sobre la existencia y la dualidad del universo.

La Valentía del León Dorado – Un guerrero con armadura resplandeciente lo enfrentó en combate cuerpo a cuerpo.

La Paciencia de la Serpiente Eterna – Una sacerdotisa le hizo esperar horas en meditación para revelar un solo secreto.

La Astucia del Zorro Carmesí – Un espía lo obligó a descubrir quién mentía en un círculo de traidores.

La Compasión del Águila Negra – Un anciano enfermo le pidió que renunciara a su misión para salvar su vida.

Heisu superó cada prueba con esfuerzo y determinación, hasta que los espíritus desaparecieron en un haz de luz.

—Has demostrado ser digno —dijo una voz celestial—. Ahora, el último secreto de Horus te será revelado.

IV. La Revelación de la Fuente

Un portal se abrió ante Heisu, mostrando una ciudad de oro suspendida en el tiempo. Allí, en el centro de un altar rodeado por columnas gigantes, flotaba un libro con páginas de cristal.

—La Fuente —susurró Heisu.

Extendió su mano y, al tocar el libro, su mente fue inundada por conocimientos más allá del entendimiento humano. Vio el origen de los dioses, el nacimiento del tiempo y el futuro de su propia existencia.

—Ahora comprendes —dijo una voz ancestral—. No eres solo un guerrero. Eres el arquitecto de un nuevo destino.

Heisu cerró los ojos y sintió que su espíritu se expandía más allá del universo. Cuando los abrió, su cuerpo brillaba con una energía jamás vista.

El Pacto del Dragón Negro se había cumplido.

Capítulo 8: El Legado del Sol y la Sombra

"Aquellos que dominan la luz y la oscuridad no son esclavos de ninguno."

I. El Sendero de los Elegidos

El resplandor de la Fuente aún ardía en los ojos de Heisu cuando despertó en un vasto desierto de arenas negras. A su alrededor, el horizonte se extendía sin límites, iluminado solo por una luna roja suspendida en el firmamento.

—Estás donde comienzan los verdaderos cambios —susurró una voz desde la nada.

Giró la cabeza y vio la silueta de un hombre envuelto en una capa de llamas azules. Su rostro era familiar, pero su presencia era abrumadora.

—¿Quién eres? —preguntó Heisu, su voz resonando en la inmensidad.

—Soy Raon, el Custodio del Sol Espectral. Vine a guiarte hacia tu verdadera prueba.

Heisu sintió una fuerza invisible empujándolo hacia adelante. Cada paso que daba lo acercaba más a un coliseo en ruinas, donde estatuas de antiguos guerreros parecían observarlo con ojos de piedra.

—Debes elegir —continuó Raon—. ¿Tomarás el poder del sol, la energía de la creación, o el poder de la sombra, la fuerza de la resistencia?

Heisu no dudó.

—No elegiré —dijo con firmeza—. Ambos son parte de mí.

Raon sonrió y extendió sus brazos.

—Entonces prepárate, porque solo quienes dominan la dualidad pueden reclamar el verdadero legado.

II. La Guerra de los Dos Reyes

Un estruendo sacudió el coliseo. Desde el cielo, dos entidades descendieron: Eldoros, el Rey del Alba, envuelto en fuego dorado, y Zareth, el Señor del Ocaso, cubierto por sombras vivientes.

—¡Solo uno puede gobernar el destino de los elegidos! —tronó Eldoros, blandiendo una espada forjada en el núcleo de una estrella.

—Y solo uno puede desafiar la eternidad —susurró Zareth, desenvainando una daga tallada en el corazón de un cometa negro.

Ambos avanzaron hacia Heisu, sus ojos resplandeciendo con poder absoluto.

—Debes luchar —dijo Raon—. Pero recuerda, la verdadera batalla no es contra ellos... sino dentro de ti.

Heisu cerró los ojos. Su mente se inundó de visiones: ciudades consumidas por la guerra, civilizaciones destruidas por el poder descontrolado. Entendió que la elección no era sobre quién vencería, sino sobre cómo el equilibrio podía ser preservado.

—No lucharé por la supremacía de uno sobre el otro —dijo con voz firme—. Lucharé para unirlos.

Las dos deidades rieron, y con un rugido de energía cósmica, se abalanzaron sobre él.

III. La Fusión del Fénix y el Dragón

El impacto fue devastador. Heisu sintió que su cuerpo se desintegraba en mil partículas de luz y oscuridad. Pero en ese caos, algo despertó dentro de él.

De su pecho surgió un símbolo brillante: un fénix de fuego blanco y un dragón de sombras plateadas, entrelazados en una danza eterna.

—¡Es la marca del Elegido! —exclamó Raon, cayendo de rodillas.

El fuego de Eldoros y las sombras de Zareth se fundieron con el cuerpo de Heisu, transformándolo en un ser que trascendía ambas fuerzas. Sus ojos brillaban con el amanecer y el anochecer al mismo tiempo.

Con un solo movimiento, desenvainó una espada invisible, hecha de pura voluntad.

—No más guerras sin fin —declaró—. No más destrucción sin propósito. Hoy, el equilibrio regresa al universo.

Los dioses se arrodillaron. El coliseo desapareció.

Heisu había superado la prueba final.

IV. El Destino del Portador de la Luz y la Sombra

Cuando despertó, estaba de vuelta en la Cima de los Ancestros, donde la travesía había comenzado.

Pero algo había cambiado.

A su alrededor, los espíritus de aquellos que habían caído en guerras pasadas lo miraban con esperanza.

—Heisu —susurraron—, ahora eres más que un guerrero. Eres un guardián de realidades.

Sintió el peso del conocimiento ancestral fluir en su alma. Las páginas del Libro de la Fuente se abrieron solas, mostrando visiones del futuro.

—El viaje no termina aquí —dijo Raon, apareciendo por última vez—. Solo acaba de empezar.

Heisu miró el horizonte. La luna roja brillaba con un nuevo fulgor, y en su corazón, el eco de su destino resonaba con una verdad absoluta.

El Legado del Sol y la Sombra estaba completo.

Capítulo 9: El Despertar de los Inmortales

"Solo aquellos que comprenden el infinito pueden caminar entre los dioses sin temerles."

I. El Umbral de la Eternidad

El aire en la Cima de los Ancestros se tornó denso. La luna roja palpitaba, enviando pulsos de energía a través del cielo estrellado. Heisu sintió un cosquilleo en la piel. Sabía lo que venía.

—La prueba no ha terminado —murmuró.

Frente a él, un portal de luz y sombras se abrió. Su reflejo se distorsionó en la superficie vibrante, y por un instante, vio lo imposible: miles de versiones de sí mismo, cada una en un tiempo diferente.

—Bienvenido al Umbral de la Eternidad —dijo una voz profunda.

De la nada emergió un ser colosal. Sus ojos ardían como estrellas moribundas, su piel era una mezcla de oro líquido y obsidiana.

—Soy Aznar-Kai, el Guardián de los Tiempos Perdidos.

Heisu se arrodilló instintivamente.

—No busco veneración —continuó Aznar-Kai—, sino respuestas. Has caminado por los senderos de la luz y la sombra. Ahora dime: ¿qué harás con este poder?

El eco de su pregunta retumbó en la eternidad.

—Protegeré el equilibrio —respondió Heisu—. No permitiré que el pasado y el futuro sean armas para la destrucción.

El Guardián sonrió.

—Entonces prueba tu voluntad.

Con un chasquido de sus dedos, el tiempo se fragmentó.

II. El Retorno de los Caídos

Las ruinas de una ciudad ancestral aparecieron ante Heisu. No era cualquier ciudad.

Era Zho'Raan, el antiguo reino de los inmortales.

A su alrededor, los guerreros del pasado despertaban de sus tumbas de cristal. Eran los legendarios Custodios de la Primera Era, seres de poder inimaginable que habían desaparecido milenios atrás.

—Nos traicionaron —susurró uno de ellos, con la piel de mármol agrietada—. Fuimos condenados al olvido.

Heisu sintió su dolor. Alguien los había desterrado fuera del flujo del tiempo.

—¿Quién lo hizo? —preguntó.

Los ojos de los Custodios se tornaron negros como la noche.

—El Soberano Sin Nombre.

Un escalofrío recorrió la espalda de Heisu. Había oído ese nombre antes.

—Si has despertado nuestra memoria —dijo un Custodio con una voz antigua—, entonces debes devolvernos nuestro lugar en la historia.

Pero antes de que Heisu pudiera responder, una explosión sacudió los cielos.

El Soberano Sin Nombre había escuchado. Y había llegado.

III. El Juicio del Olvidado

Desde el horizonte, una tormenta de sombras cubrió el cielo. Del centro de la oscuridad emergió una figura sin rostro, un titán hecho de pura negación.

—No debiste venir aquí —tronó su voz, reverberando en la realidad misma—. Los caídos deben seguir olvidados.

Levantó su mano, y el tiempo comenzó a derrumbarse a su alrededor.

Heisu supo que tenía solo una opción: enfrentarlo.

—No más secretos —declaró, desenvainando su espada de luz y sombra.

Los Custodios se alinearon a su lado.

El destino del pasado y el futuro se decidiría en ese momento.

La Guerra de los Inmortales había comenzado.

CONTINUARÁ.....



HEIIGNES DE HORUS

HERSU

Copyright Notice for the Document: "HEISU: ORÍGENES DE HORUS"

**Copyright © 2025 by Javier Clemente Engonga Avomo.
All rights reserved.**

No part of this book may be reproduced, distributed, or transmitted in any form or by any means, including photocopying, recording, or other electronic or mechanical methods, without the prior written permission of the author, except in the case of brief quotations embodied in critical reviews and certain other non-commercial uses permitted by copyright law.

**For permission requests, please contact the author at:
info@theunitedstatesofafrica.org**

Published by The United States of Africa Ltd.

This work is protected under international copyright laws. Unauthorized use, distribution, or reproduction of any content within this book may result in civil and criminal penalties and will be prosecuted to the fullest extent of the law.

